

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 14- 16 AÑOS

PRIMER PREMIO:

Érase una vez lo que nunca fue Ohiane García Ripodas

Por fin ha llegado el mejor momento del día, cuando las luces se apagan y las voces, junto con sus palabras, se van sin hacer ruido. Primero cierro los ojos e imagino otra realidad y luego, en medio de la oscuridad, a la vista de todos, logro que se vuelva real. Hasta puede que lo sea y que lo haya sido siempre. Y es que me gusta pensar que es el mundo real el que nunca ha estado ahí y en su lugar está el mío, cobrando vida. En la primera mitad del minuto mis ojos cerrados aún siguen pintando estrellas en ese cielo que cada noche sueño ver. Pero en la segunda mitad del minuto estas me recuerdan que hay luces –y sufrimientos– que hagan lo que hagan seguirán ahí incluso miles de sueños después.

Y no sé si es una virtud o un defecto, mamá, pero durante este viaje he aprendido a inventar cada noche un universo entero que sobrepasa la frontera del sueño, porque solo en ese universo soy capaz de dormirme.

En mi mundo verdadero, cuando llega la noche y duermo, imagino ese último momento de felicidad pura que ahora, gracias al sueño, puedo sentir. Fue una mañana como otra cualquiera cuando me despertó ese primer rayo de luz interrumpiendo ese sueño que más tarde olvidé. Me levanto de la cama y frente al espejo vuelvo a ser aquel chico sin miedos, un chico que al vestirse no tiene cicatrices, ni apodos, ni cortes, solo piel. Piel que nunca se ha sentido humillada por ser de un color u otro. Piel en la que no me reconozco, pero el sueño lo hace posible.

Y así sigue el mejor momento del día, cuando duermo y ya no soy yo sino mi mente enloquecida la que me gobierna, la que me reconstruye para que el día, con su realidad, pueda volver a destruirme.

Ese segundo rayo de luz ilumina tu cara, mamá. Mientras me miras con esa mirada que solo yo entiendo, la que tú sabes que necesito.

Tienes ese don de predecir despedidas que susurran “creo en ti” y calman tormentas. Calmaste el huracán que llevaba toda una vida formándose, toda una vida esperando para destruir todo. Y es que desde que esa dichosa mariposa hizo batir sus alas –en la otra punta del mundo, en ese que llaman primero– todo se puso en movimiento y ahora solo esa mirada y esa sonrisa le calman, me calman.

Tenías ese don. Gracias al sueño, aún lo tienes.

Desde pequeño siempre me he sentido como una estrella. Una estrella que formaba parte de nuestro pequeño sistema planetario, donde yo era el que iluminaba al resto de los planetas con tan solo sonreír. Parte de la culpa es tuya mamá, siempre me dijiste que era tu Sol. Y te prometo que siempre fui feliz, aunque no tuviéramos nada, ni un satélite que los demás pudieran envidiar. Cuando no conoces nada más, todo lo que tienes es como una pequeña maravilla dentro del caos que aparentemente te rodea. Pero día tras día, conforme mi estrella crecía, me iba dando cuenta de que ahí fuera había un universo entero al que se me había prohibido la entrada, solo por orbitar en un lugar sin satélites.

Y por eso decidí hacer este viaje, mamá, para alejarme de todo lo que me recordaba a ti y así poder crear una galaxia nueva. Una galaxia donde el recuerdo y el dolor no fueran más que polvo. Al marcharme, dejé todos esos sueños que una vez prometí no dejar dormir y ahora, más muertos que dormidos, me abren esas heridas que no paran de sangrar, esas mismas heridas que me hacen recordarte de la única manera en que no quiero hacerlo.

El único motivo para seguir era que nada ni nadie me esperaba en Malí, en esa pequeña casa que fue nuestro hogar. Esas paredes que, a pesar de todo, han respirado más alegría que tristeza, más amor que guerra. Esa pequeña colina que aun bajando corriendo conoció más victorias que tropiezos, hasta que llegó aquella mañana en la que te perdí.

Crucé solo ese desierto al que tanto miedo y respeto tuve de pequeño para llegar aquí. Y, para qué mentirte, muchas veces quise abandonar: explotar. Porque hay realidades que solo deberían existir en los cuentos. Un cuento lleno de mentiras que solo sirviera para aprender. Por eso cada vez que quería explotar recordaba que, aunque hayas muerto, mereces ser recordada por alguien, para que esas mariposas que no hacen más que batir sus alas en ese otro universo perfecto aprendan que todos los cuentos no tienen un final feliz.

Cada día costaba un poco más, el cansancio, el calor, las tormentas de arena, cada día menos agua, más hambre. Cada día contaba las horas que faltaban para que se hiciera de noche otra vez y me cobijara en el refugio de mis sueños. Envuelto en otro de mis sueños imposibles, oía tu voz nada más salir la primera estrella. Y así, volvía a ser el Sol al que haces cosquillas cuando está triste y bailas en su cama para que note tu presencia y te encuentre a su lado cada vez que quiera abrazarte.

Y llámame loco, mamá, pero en todos mis sueños me estás esperando en ese otro cielo al que voy, creando constelaciones con mis hermanos. Voy para allá, sabiendo que harán todo lo posible para que no sea feliz, para que no te vea. Y aunque todavía me queden muchos días en este desierto que una vez fue mi casa, brillaré todo lo que pueda, si hace falta hasta quemarme yo mismo. Porque lo que ellos no saben es que después de romperse una supernova, después de que una estrella explote, la estrella vive más que nunca. Así que hagan lo que tengan que hacer, que nadie va a negarme el derecho de tener una oportunidad de ser feliz otra vez.

También dudé y desconfíe de mi propia mentira. Empecé a pensar que nunca lo lograría, que todo este viaje no había servido para nada. No quería seguir luchando, simplemente por el hecho de que ya no tenía nada por lo que luchar. Había perdido a todos los planetas que me rodeaban y mi translación me había llevado al borde de un agujero negro sobre el que giraba y, sin quererlo, me robaba la poca luz que me quedaba. Dejé de creer que en ese otro lugar conseguiría ser feliz y a cada paso que daba tu recuerdo se volvía más confuso. Y no sabía si todos los días que había pasado mirando al cielo en busca de tu mirada, había servido para algo.

Todas esas noches, donde los sueños traen más lágrimas que esperanza. Lágrimas que se volvieron tormenta y ni el marinero más experto podría navegar entre tanto miedo.

Despierto, hay un recuerdo que por mucho que lo intente no para de reproducirse en mi cabeza y es en el que te arrancaron de mis brazos, mamá. Tú estabas haciendo algo, no sé qué, cuando la puerta de casa estalló y entraron tres hombres armados, gritando y destrozándolo todo. Corriste hacia mí y me dijiste que escapara. Pero las piernas me temblaban y si no podía tenerme en pie, mucho menos correr a ninguna parte. Uno de ellos te cogió del brazo, te lanzó al suelo y estirando del pelo, te sacó a rastras de la cocina. Te rasgaba la ropa mientras se te acercaba otro con las manos cubiertas de sangre. Desesperada y llorando, les pedías que pararan mientras empezaban a tocarte y a pegarte. Mis hermanos lloraban, yo no, porque ni siquiera podía. Estaba tan aturdido que solo escuché el tercer disparo, cuando el grito de uno de mis hermanos apenas rompió el eco. Y no hay día que no me odie por salir corriendo. ¿Te obedecí o te abandoné? No lo sé, solo me fui con la esperanza de escapar de eso que no quiero describir.

Y así, en escasos segundos, quedó en soledad un niño de 16 años, huérfano y sin hermanos.

Un pequeño Sol pálido y frío, sin esperanzas ni sueños. Solamente con odio. En ese momento no me sentí estrella, y mucho menos persona.

Al llegar a Nador no sabía dónde ir ni dónde mirar. Nunca había visto tanta gente junta, todos cantaban, rezaban o iban de un lugar a otro con una prisa incomprensible. Estaba muy lejos de mi pequeña casa junto al Níger. Entre tanta soledad en multitud, voces, motores y empujones, parecían sacados de uno de esos cuentos falsos. Decidí que todas aquellas caras no podían ser caras de verdad, sino personajes de una mala historia, farsantes que simulaban ser personas. Dios, cuánto odiaba vivir. Por ti, mamá, seguí viviendo.

Sé que el espacio es inmenso y que, por eso, es muy improbable cruzarse con algo. Pero a los tres días de llegar a Nador, como la mayoría de las cosas que pasan, sin buscarlo conocí a otra pequeña estrella como yo.

Ahmed huía de su hogar igual que yo. Quién sabe qué le habría sucedido allí, pero ni él me lo contó ni yo se lo pregunté, no fuera que tuviera yo que responder a la misma pregunta. Él luchaba por continuar peleando y ganar esa guerra que no tiene batalla que pueda ganarse. Ahmed siempre decía que las piezas del tablero estaban a punto de enrocarse para ambos y que juntos le haríamos jaque mate al huracán, porque está tan confiado que no espera encontrarnos en un sitio distinto, por lo que acabará golpeándole al vacío.

Juntos salimos de Nador hacia la casilla del enroque. Y, de camino, Ahmed me enseñó a soñar.

Así fue que hice que mis noches fueran mis días y que mis días fueran el intervalo irrelevante entre mis noches. Dejé de odiar, porque el mismo hecho de sentir algo carecía de sentido. Ahmed me contó que en un monte cerca de la frontera había personas que ayudaban a cumplir sueños. Y me prometió que iríamos juntos para escribir a la vez nuestros cuentos. Como él decía, uno no puede luchar solo, necesita a alguien que le recuerde cuál es la meta y qué puede ganar. Ahmed y yo éramos dos estrellas que orbitan alrededor de un centro de masa común, el agujero negro, el odio. Y aunque seguramente no tendríamos nada en común, los dos juntos acabamos por formar nuestro pequeño sistema estelar binario.

El resto de estrellas que conocí en mi viaje, resultaron ser solo fugaces, trozos informes de hielo que pasan mientras se derriten, estrellas que no son estrellas. O quizá fue solo mi odio el que las quemaba, nunca lo sabré.

Durante el viaje hacia la montaña, sentía que cada vez te tenía más cerca, y es que con cada paso que daba, creía escuchar tu voz. Y mientras perdía la mirada en todo lo desconocido, soñaba con un mundo en el que ser de un lugar u otro no importara, donde un grito de ayuda no se perdiera a media voz, donde no hubiera estrella sin derecho a brillar, donde las esperanzas no se convirtieran en un eco de lo que una vez pudo ser. Un eco que en las noches estrelladas, como hoy, son recuerdos de lo que nunca te podré decir.

Cuando llegamos al monte y pensaba que ya nada podría separarnos, los hombres de aquel lugar pedían más de lo que tuve en toda mi vida por su ayuda. En ese momento, lo único que surcaba mi mente, una y otra vez, era por qué en este universo donde bastante sufrimos ya por “daños colaterales” que ocurren “sin querer” existe gente que hace todo lo posible por robarte luz, cuando todavía ni siquiera has empezado a brillar. Pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que todos en este pequeño lugar intentamos sobrevivir como podemos, y es que cuando creces en un lugar donde la ausencia de satélites hace que el resto de galaxias piensen que todo lo que ocurre aquí es como una pequeña función sin importancia es la única salida que te queda para intentar ser feliz. Una función que sienten tan lejana, que toman como inexistente. Como si el dolor de los personajes fuera algo ficticio a lo que no vale la pena prestar atención y mucho menos ayuda.

Aprendí que a las personas nos une mucho más nuestra manera de sufrir que nuestra manera de amar. Sin Ahmed todavía estaría en aquellas calles de Nador sin saber muy bien qué hacer o perdido a escasos metros de la frontera intentando reunir todo el dinero que me faltaba. Porque sí, mamá, él me regaló parte de su dinero y me ayudó a conseguir lo que me faltaba. No solo me enseñó a sufrir sin odio, sino también a soñar despierto y por eso, aunque sea triste, pienso que a las personas nos une mucho más nuestra manera de sufrir que nuestra manera de amar, y es que nunca había sufrido tanto como para sentirme tan acompañado.

Ha acabado el mejor momento del día. Estoy subiendo.

En el monte el tiempo decidió cambiar de los días a una nueva medida caprichosa, a veces a minutos y otras a semanas. Aunque deseaba que llegara esta noche, como en una fórmula que no entiendo, el miedo venía multiplicado por cien. Tengo miedo de no lograrlo y regresar a esa casa en medio del desierto y no poder sentirte cerca. Temo fracasar y volver a esa pequeña aldea donde ya no estás. Pero lo que me da más miedo es saltar y no encontrar ese cielo con el que llevo soñando tanto tiempo. Que las estrellas sigan en el mismo lugar, creando las mismas constelaciones de las que intento huir. Quiero saltar y, al aterrizar, pisar un suelo donde todos estos recuerdos

que por momentos se vuelven pesadilla no abran las heridas que intento tapar. Ya sea con metáforas absurdas que entre tantos pensamientos ilógicos son un pequeño respiro en la asfixia o con cielos imaginarios que crean sueños reales.

Aquí estoy yo, al borde del universo, mirando al vacío mientras, por miedo a no verte, mantengo la cabeza agachada. A pesar de toda la oscuridad que me rodea algo insiste en que levante la cabeza y que me enfrente a todo lo desconocido. Nunca me he sentido tan ansioso y vulnerable a la vez. Mis ganas de saltar se mezclan con mi miedo de caer, y no es que se lleven mal, pero digamos que, si fuera una guerra, los dos permanecerían atrapados en trincheras durante años. Dando tiros ciegos que acaban en heridas abiertas y no hay lugar en este universo que los haga cicatrizar.

Y ya ha llegado el momento de cruzar esta frontera que divide dos mundos diferentes a pesar de que todos vivamos en la Tierra.

Imagino que, si consigo saltar, no me esperarán con un cartel de bienvenida. Sé que este es el principio de una nueva vida, o mejor dicho, de una nueva forma de vida. Porque yo siempre he estado vivo aunque todas las mariposas hicieran todo lo posible porque no fuera así. Y llamadme exagerado si queréis pero, si esto no fuera así, ahora mismo no estaría saltando una valla llena de alambre que han colocado aquí las mariposas para que no consiga ser feliz.

Veo a Ahmed a lo lejos, con el mismo desconcierto. Me engancho una pierna, pero tiro de ella más fuerte. Ahora es un brazo, qué más da, falta tan poco... Creo que me sangra el muslo. No pares. Duele, pero hace tanto que el dolor no cuenta... Lanzan agua a presión, casi lo agradezco. No, no es agua, porque algo quema mi garganta. Sigo adelante. La sangre del muslo gotea seis metros abajo.

Estoy bajando los primeros metros de la última valla, aún puedo aguantar. Qué cerca te siento ahora, mamá.

Y así, las barreras que colocaron las mariposas que nunca han tenido que ver a toda su familia morir por motivos políticos y económicos y que nunca han tenido que cruzar un desierto solamente mirando a las estrellas, se acaban rindiendo.

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA | IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA

2019

NARRATIVA CASTELLANO 14- 16 AÑOS

PRIMER PREMIO

Mamá, no sé si te veré en este nuevo cielo. Si no es así, solo quería decirte que, aunque nunca tuvimos nada, tú siempre me enseñaste a preferir las personas sobre las cosas, y que las guerras y las leyes de los poderosos solo persiguen amasar satélites sin atender su propio mundo. Batiendo sus alas, en un aire que, al fin y al cabo, desprecian.

Me esperan las mariposas. Yo solo te espero a ti. Este es nuestro cuento.

Y así, sin más, levanto la cabeza y...

...S

A

L

T

O.